

más, sino á servirle y amarle mucho más; compensándole las ofensas que le hicisteis, con la penitencia y con otras obras buenas, viendo que ha usado con vosotros de tanta misericordia, que no tuvo con otros pecadores. Y debéis temer tambien que os abandone Dios y seais condenados al infierno, si cometeis un solo pecado más.

6. Vamos ahora á tratar de otro engaño del demonio. Suele el pecador discurrir de este modo: *Es cierto, que puedo condenarme, ó, al ménos, pierdo la gracia de Dios con este pecado; pero tambien puede suceder que me salve, aún despues de haberle cometido.* En efecto, puede suceder que te salves, aún despues de haber cometido este pecado; pero no puedes negarme, que despues de haber cometido tantos pecados, y despues que Dios te ha concedido tantas gracias, es mucho más fácil que te abandone y te pierdas para siempre, si ahora vuelves á ofenderle. Oye lo que dice la santa Escritura: *Cor durum habebit male in novissimo* (Eccl III, 27). El pecador obstinado tendrá mala muerte: *Qui malignantur, exterminabuntur* (PSALM. XXXVI, 9). Y en otra parte: Lo que el hombre sembrare, aquello cogerá: *Qua enim seminaverit homo, hæc et metet* (GAL. VI, 8). El que siembra pecados ¿qué puede coger al fin sino tormentos eternos? Os llamé yo, dice en los Proverbios, y vosotros os burlasteis de mí; pero á la hora de vuestra muerte me burlaré yo de vosotros: *Vocavi et renuistis... in interitu vestro ridebo et subsanabo vos* (PROV. I, 24 ET 26).

Oidas estas amenazas que hace Dios contra los pecadores, ¿os parece, hermanos míos, si es fácil ó difícil salvaros, si seguis ofendiendo á Dios, despues que os ha llamado tantas veces, y ha sido tan frecuentemente misericordioso con vosotros? Tú dices: *Puede ser que me salve á pesar de este pecado.* Pero yo te respondo, que es grande necesidad apoyar la salud eterna en un *puede ser* tan peligroso. ¿Cuántos están ardiendo ahora en los infiernos por ese *puede ser*! ¿Quieres tú acompañarlos en su desgracia? Reflexionad bien, oyentes míos, y temed, que puede ser la última misericordia que Dios usa con vosotros el haberos permitido escuchar este sermon.

Véase IMPENITENCIA.

ENSEÑANZA DE LA IGLESIA, véase IGLESIA.

ENVIDIA.

Cum intraret Jesus in domum cujusdam principis Pharisæorum sabbato manducare panem, ipsi observabant eum.

Habiendo entrado Jesús en casa de uno de los principales Fariseos á comer en un día de sábado, le estaban estos acechando.

(Luc. XIV, 1.)

Si los fariseos hubiesen observado al Salvador del mundo, para recoger los oráculos que de sus labios brotaban, su conducta hubiera sido laudable; pero no le observaban sino para censurarle y condenarle. Porque un hidrópico se presentó ante él en sábado, para obtener su curacion, los fariseos acusaron á Jesucristo de haber infringido la ley; mas la sabiduría eterna les enseñó, que las obras de caridad están siempre permitidas. ¿Quién de vosotros, les dijo, cuando su animal doméstico cae en un pantano, no lo saca el día del sábado? ¿Por qué no se permitiría curar en este día á un hidrópico? Con todo, la envidia, que fué siempre la pasión dominante de los fariseos contra Jesucristo, les cerraba los ojos sobre cuanto podia justificar su conducta. Esta pasión suscitó al Salvador todas las persecuciones que sufrió de sus enemigos, y, al fin, le llevó al Calvario; pasión cruel, que comenzó con el mundo, que se ha perpetuado en todos los estados, y que yo voy á combatir en este día, manifestándoos, que no hay pasión más injusta y más ciega que la envidia. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dolerse de la dicha ajena y gozarse en su desdicha: tal es, en dos palabras, el carácter de la envidia, pasión de las más injustas por su oposición á la caridad, y por los grandes males que causa. Todos los hombres componen una sociedad, ó una misma familia, cuya cabeza y padre comun es Dios. El Señor, que es la caridad misma, comuníquese á los individuos de esta sociedad con los bienes que sobre ellos derrama; tambien quiere, que estos individuos mantengan unos con otros el trato de una officiosa caridad, que haga comunes los bie-

nes y los males. Sí, amados hermanos míos; Dios, á fuer de buen padre, comunicase á los hombres con los bienes que les dispensa: bienes de la naturaleza, bienes de la fortuna, bienes de la gracia. Dá á unos, calidades morales y físicas; levanta á otros, á los honores, colma á éstos de prosperidades, concede á aquéllos talentos con que distinguirse y adquirir reputacion en el mundo. Pero el envidioso está en abierta pugna con los designios de la bondad divina. Quisiera cerrar la mano del Señor, y suspender el curso de las mercedes que á los hombres prodiga, esto es, desapruera lo que Dios hace; y como no puede impedir que él cumpla sus designios, se entristece y aflige. ¡Qué injusticia! ¡Ah! ¿por qué, mal siervo, como dice Jesucristo en su Evangelio á un hombre de esta indole, ¿por qué, si Dios es bueno, has de ser tú malo, y por qué la bondad de Dios con tus semejantes ha de irritar tus celos? ¿por qué si esta bondad no te otorga á ti sólo todos sus dones, has de ser tú prevaricador? *An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum?* Dios, en su bondad infinita, hace bien á todos los hombres, hace resplandecer el sol sobre los buenos, como sobre los malos; pero el envidioso profesa aversion á todos. Más culpable que el vengativo, que solo odia á sus enemigos, el envidioso les considera á todos como tales; parientes ó extraños, basta ser feliz para incurrir en su desagrado, para ser blanco de su odio y furor. Dios, en su bondad, quiere no solo comunicarse á los hombres, sino tambien, como llevo dicho, que los hombres tengan relaciones mútuas que les avengan y aunen, y les hagan partícipes de los bienes y males de sus hermanos. Pero la envidia tiene caracteres del todo opuestos.

La caridad une todos los corazones, mientras que la envidia los divide. La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora, dice S. Pablo: *Charitas patiens est, benigna est* (I Cor. xiii, 4); paciente para sufrir, bondadosa para hacer bien. Pero el envidioso no quiere sufrir ni tolerar nada; enteramente cuidadoso de sí, todo se lo atribuye, y á nadie hace bien. La caridad está exenta de ambicion y de celos: *Non emulatur*; ve sin pesar, y hasta con placer, la prosperidad ajena, las buenas calidades y engrandecimiento del prójimo, sus triunfos; pero el envidioso, siempre codicioso de lo que no tiene, siempre celoso de lo que tiene, trueca en tormento propio la felicidad ajena, y en objeto de su ira las virtudes del prójimo. Hermosura física, prendas intelectuales, progresos y triunfos, todo exalta su negra bilis. La caridad no comete ningun despropósito; todos sus actos son dictados por la sana razon y la prudencia: *Non agit perperan*. La envidia, por el contrario, obra ciegamente: el capricho, la indiscre-

cion y la temeridad son su móvil. La caridad no se engríe: *Non inflatur*; no desprecia á nadie, porque forma humilde concepto de sí misma; pero la envidia, cuyo veneno nace ordinariamente de la vanidad, no inspira más que desprecio para con el prójimo. El envidioso, creyéndose él solo digno de aprecio y alabanza, no puede aguantar que nadie sea objeto del aplauso y estimacion de las gentes; quisiera ser el único á quien se confiriesen honores, y que los demás permaneciesen olvidados en la oscuridad. La caridad no es interesada ni egoísta: *Non querit quæ sua sunt*. Si hace bien, no lo hace por el provecho que pueda reportarle; no se enoja por una negativa, porque no cree merecer nada; ni siquiera la hacen mella los desprecios y ofensas que se la infieren: *Non irritatur*. El envidioso, por el contrario, busca en todo su interés, único móvil que le anima en los servicios que, á veces, presta al prójimo; entrégase al despecho y á la ira, aunque le nieguen lo que no le deben. La caridad no piensa mal de nadie; léjos de concebir sospechas acerca de la conducta ajena, cierra, por el contrario, los ojos ante los defectos del prójimo; defiende al inocente y aboga por el culpable; pero el envidioso, siempre precipitado en sus juicios, sospecha el mal ante las más ligeras apariencias; toma en mala parte las acciones de suyo indiferentes; condena al inocente como al culpable; amancilla la reputacion de sus hermanos con atroces calumnias, la destruye, si puede, y sobre sus ruinas eleva la suya propia. La caridad no se complace en la injusticia, sino que la deplora, y ve con sentimiento los desórdenes que reinan en el mundo: *Non gaudet super iniquitate*. Si se proscribiera al vicio y se honra á la virtud, la caridad rebosa de júbilo; ella, en fin, toma parte en cuantas buenas obras se practican, y así se apropia el mérito que contienen: *Congaudet autem veritati*. Pero las faltas de sus hermanos causan al envidioso un contento secreto, porque se persuade de que, enajenándoles la estimacion que se les profesa, gozará él de más consideracion; aflíjese, por el contrario, del bien que los demás hacen, porque cree, que la gloria que adquieren, aminora el honroso concepto en que deben tenerle; de aquí, que lucha tenazmente con la verdad, válese de mil amaños para frustrar los mejores planes, para impedir las buenas obras, para rebajarlas en los que las practican. En suma, el envidioso se declara contra Dios mismo, á quien quisiera ménos glorificado; y de buena gana veria que no se le honrase tanto. ¡Qué injusticia, qué baldon! lo que debiera colmarle de alegría, abruma de tristeza al envidioso! ¿No es este el carácter de Satanás, por cuya envidia el pecado invadió el mundo? En fin, la caridad lo cree todo

lo espera todo, lo sufre todo: *Omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet*. Pero el envidioso desconfía de todo, vacila en su fé, es tímido en su esperanza é impaciente en sus aflicciones.

Para acabar de describir el carácter del envidioso, puede decirse, hermanos míos, que no hay hombre más peligroso y más temible en la sociedad. Para alcanzar lo que despierta su codicia, cometerá sin reparo cualquier desmán. Se vale de ardidés y embustes para engañar á los unos y suplantar á los otros; como un león escondido en su cueva, que acecha á los transeuntes para devorarles, solo concibe malos designios, y los ejecuta cuando se presenta la ocasion. Nadie puede fiarse de él, porque la confianza en él depositada le sirve para perjudicar al prójimo. Precisamente cuando podria prestaros algun servicio, medita vuestra perdicion; si parece condolerse de vuestras desgracias, en el fondo le causan alegría.

¿Cómo, pues, extrañar, en vista de eso, los grandes males que esta pasion ocasiona en la sociedad? Si me remonto á los primeros dias del mundo, mis ojos se horrorizan. ¡Cain derrama la sangre de Abel! ¿Por qué? Porque no puede ver con indiferencia la predileccion de Dios por su hermano; armado por la envidia, hiere, y de un solo golpe inmola á su furor al que le supera en cordura. Si desciendo á las edades siguientes, diviso á José, entregado á la crueldad de sus hermanos, que, guiados por la envidia, conciben el proyecto de quitarle la vida. Y si él se libra de este fatal decreto, la pasion funesta, de que es víctima, halla el medio de deshacerse del inocente, vendiéndole á unos mercaderes extranjeros: Más léjos, veo á David, vencedor de los enemigos del pueblo de Dios, perseguido por el mismo á quien él ha prestado los más señalados servicios. Saul persigue á David, atenta varias veces á su vida. ¿Por qué? porque le ve colmado de honores y objeto de mayor alabanza que él. ¿Qué conducta más injusta y más bárbara que la de Herodes? Sabe de los Magos el nacimiento de un nuevo rey, á quien vienen á tributar sus homenajes: aquel príncipe, ciego é insensible á las razones que podrian determinarle á seguir á esos fieles adoradores, solo se aconseja de la rabia que le enajena: irritado de que se reconozca á otro rey que él, trama su perdicion; y para realizar su bárbaro intento, manda degollar multitud de inocentes, esperando que en la matanza perezca el objeto de su inquietud. ¡Qué crueldad! Pero lo que no pudo hacer la envidia por medio de Herodes contra Jesucristo, lo hizo por medio de los judíos. ¿No fué ella la que les animó contra el Salvador, la que les hizo pedir su muerte, pronunciar su sentencia y crucificarle? ¿Qué hacemos? decian en sus juntas; ese hombre obra muchos milagros, todo el pueblo le sigue

solícito, y conviene deshacernos de él. El efecto siguió de cerca á la resolucion; llevaron á Jesús delante de los tribunales de los jueces de la tierra; acusáronle de los crímenes más atroces; Jesucristo probó su inocencia; el mismo Pilatos la reconoció, y no pudo ménos de confesar, que los judíos le perseguian por envidia. No importa, la envidia no queda satisfecha hasta que ha conseguido lo que pide: para ejecutar sus negros planes, se asocia al respeto humano, amenaza á Pilatos con el desagrado de César, si no condena á muerte á Jesucristo. No hay remedio, la pasion triunfa de la justicia, condena al más santo de los hijos de los hombres, y Jerusalem se hace culpable de un deicidio. ¡Y cuántos más actos sangrientos de esta pasion no vemos en los diferentes estados que inficiona! Ella lleva á todas partes su veneno; ella entra en los palacios de los grandes, en las casas de los ricos, en las cabañas de los pobres, y hace horribles estragos. ¿Por ventura no nacen de la envidia los rencores, las luchas, las divisiones entre los hombres de igual condicion, de una misma familia? ¿Por ventura no es ella la que enfurece al hermano contra el hermano, por algun interés temporal?

¿Qué más diré? La envidia origina las batallas, las matanzas, los torrentes de sangre que inundan el universo. Esta cruel pasion anda acompañada de las demás, y se vale de ellas para sus designios; entre ellas la cólera, la venganza, la maledicencia, la mentira, el dolo. Si, pues, ella sola puede hacer tantos estragos en la sociedad, ¿cuántos más no hará, ayudada de las demás pasiones? Nunca acabára yo, amados hermanos míos, de especificaros todos los males á que la envidia da pié, y creo que deben bastar para que la mireis con horror y la desterreis para siempre.

2. Las pasiones ciegan al hombre; pero, el hombre, dócil á la voz y á la luz de la razon, no seguirá nunca los impulsos de la pasion. Ahora bien; no hay pasion que ciegue más al hombre que la envidia; y para convencerse de ello, basta conocer su carácter. En efecto, ¿no es mucha ceguedad, querer ser infeliz, porque los demás son felices, y vivir afligido, porque los demás viven contentos? Tal es el efecto de la envidia en las personas por ella dominadas; les atormenta y desalienta sin poder satisfacerles; persiguelos incesantemente, sin darles ningun motivo de consuelo. Así es, hermanos míos, que aún cuando no castigára Dios el pecado de envidia tan severamente, como lo hace en este y en el otro mundo, el envidioso quedaria bastante castigado por su propia culpa. Su sola pasion forma su suplicio; es su propio tirano, su verdugo: en suma, ser envidioso, es vivir infeliz ya en este mundo, y prepararse para el otro una infelicidad eterna.

Si las demás pasiones han de sufrir amarguras, á lo ménos hallan algun contentamiento en los objetos que desean; así es, que el avaro se llena de satisfaccion en la posesion de sus bienes; el libertino, en el goce de los placeres. Pero el envidioso no vive más que de hiel y amargura; la tristeza es el único fruto que su pasión le produce. Es una calentura que le consume, un gusano que le roe, una víbora que le desgarran las entrañas, un veneno que le mina y le mata lentamente. Ved el aire triste y sombrío del envidioso, su mirada inquieta y lánguida; son señales inequívocas de la agitacion de su ánimo; ninguna lo es de paz y sosiego; y el que no posee la paz del alma, es desdichado. No; el envidioso no está nunca tranquilo; la felicidad ajena le tortura; los elogios que á los demás se tributan, son otros tantos dardos que le atraviesan el corazon; y como, á menudo, halla objetos que irritan su pasión, en los que disfrutan de los bienes de la fortuna, y en los que ve honrados y apreciados en el mundo, resulta de aquí, que nunca le abandona la inquietud. Si está solo, entrégase á una negra melancolia por la fuerza de sus reflexiones; si en compañía, los objetos que le han disgustado reproducen sus dolorosas impresiones. ¡Suerte infausta! ¿No se necesita ser muy ciego, para seguir los impulsos de semejante pasión?

A veces, nos consolamos al lado de un amigo, descargamos nuestro corazon del cruel pesar que nos causa la pérdida de un bien, un revés de fortuna, una ofensa que hemos recibido. Pero el envidioso no se atreve á comunicar su pena á nadie: como la envidia es la pasión de una alma baja y de un mal corazon, la vergüenza de parecer tal, reconcentra el pesar dentro del alma, y no se lo deja manifestar. El envidioso no puede mitigar sus penas; desprecia cuanto posee y cuantos placeres se le pueden ofrecer, si no tiene lo que los demás poseen. La fortuna ajena, aunque menor que la suya, le parece digna de sus deseos; más sentimiento le causan los bienes de que carece, que contento los que le pertenecen: ¿no es eso querer ser infeliz, convertirse en tirano y verdugo propio? ¡Qué locura! ¡qué obcecacion! No, nada contenta al envidioso; aunque estuviese en el colmo de la prosperidad, siempre se creyera infeliz, porque solo á su pasión dá oídos. Saul, en el trono, vencedor de sus enemigos, rodeado de toda la gloria que acompaña el cetro y la corona, cierra los ojos á todas sus prosperidades, se entrega á los accesos de una negra manía, que turba su reposo; y le atormenta, hasta el extremo de ponerle fuera de sí. No puede ver con buenos ojos á un rival como David, cuyo mérito despierta su envidia. Aman, favorito de su príncipe, elevado al más alto punto de grandeza á que puede aspirar un cortesano, es insensible á

cuan to puede halagar su ambicion, porque Mardoqueo es el único que no dobla la rodilla ante él; y se cree infeliz, en medio de los honores que se le rinden. Si el envidioso, por el pesar que le causa la prosperidad ajena, pudiese amenguarla, aún seria esto para él cierto consuelo; pero, por más que se aflija y gima, no puede aminorar la felicidad del prójimo. ¿No es, pues, gran locura consumir en deseos inútiles, sumiros en la inquietud y en el pesar? Os entristeceis al ver á unos, colmados de bienes, á otros, encumbrados á los honores; pero ¿podeis oponeros á la voluntad de Dios, que eleva y enriquece á quien le place? ¿No es dueño de hacer lo que quiere? ¿Podeis poner límites á su bondad y poder? ¿No sería el colmo de la temeridad pretenderlo?

Pero, á veces, aunque, al parecer, ve satisfecha su pasión, el envidioso se acarrea más crueles disgustos. ¿Por qué? porque los medios que adopta para destruir la fortuna y la reputacion ajena, sirven, alguna vez, en los designios de Dios, para consolidarla; así es, que la envidia de los hermanos de José sirvió para su elevacion. José, no habria llegado á ser intendente del rey de Egipto, si los mercaderes, á quienes le vendieran sus hermanos, no le hubiesen conducido á dicho país. El hombre que hoy veis elevado á una alta fortuna, la debe, tal vez, á la malicia de sus envidiosos. Diré más: á veces los medios de que se vale el envidioso, para causar la ruina de los demás, sirven para causar la suya propia; cae en la zanja que habia cavado para los demás. Así es, que Aman fué colgado de la horca que él habia mandado levantar para Mardoqueo, cuya perdicion habia resuelto. El envidioso que quiere aniquilar la fortuna de otro, encuentra, á veces, un rival que le resiste y aún le vence. El envidioso, con infamar á los demás, se infama á sí mismo, y pierde la confianza que en él se tenia; de forma, que le hieren los mismos dardos con que quiere herir á sus hermanos. ¿Y quién no sabe cuántas veces toma el cielo la defensa del inocente, y hace sentir, tarde ó temprano, al envidioso, los efectos de su ira y venganza? Escarmientale en este mundo con severos castigos, y le castigará más terriblemente en el otro. Podria citaros muchos ejemplos, hermanos míos, en prueba de los azotes con que Dios castiga el pecado de envidia. Cain, el primero de los hombres poseídos de esta pasión, sufrió de ella los más tristes efectos. Despues de dar muerte á su hermano, anduvo errante y vagabundo por la tierra, teniendo siempre á la vista la horrorosa imagen de su crimen; maldito él y su posteridad, pereció miserablemente. Coré, Dathan y Abiron, fueron sepultados vivos en el infierno, por haber envidiado la dignidad de sumo sacrificador, y entrometidos en un mi-

nisterio, cuyo desempeño estaba de orden de Dios, confiado á otros.

Pero si Dios castiga con tanta severidad el pecado de envidia en este mundo, ¿qué suplicios no le reservará en el otro? Sí, hermanos míos; los envidiosos, imitadores del demonio en su malicia, serán, sin duda, sus compañeros de condenacion eterna. Entónces confesarán amargamente, que han sido víctimas de su propia maldad: *In malignitate nostra consumpti sumus* (SAP. V, 15). Los demás réprobos se han acarreado su desgracia con el goce de los placeres, y por el abuso que han hecho de la prosperidad; pero, los envidiosos serán presa de las llamas eternas, por haberse entregado en esta vida al pesar ante la prosperidad ajena. ¡Qué estupidez! ¿Cómo no execrar, amados hermanos míos, una pasion tan ciega como injusta? Detestémosla; practiquemos la caridad, que nos haga felices en este mundo y eternamente dichosos en el otro. Esto es lo que os deseo.

PLAN SOBRE LA ENVIDIA.

La envidia es una tristeza que concebimos en vista de los bienes ó de las prosperidades ajenas.

Siendo comun este vicio, voy á demostraros:

1.º Las razones que tenemos de aborrecerle:

2.º Las precauciones que debemos tomar para evitarle.

I. No hay pecado que participe más de la malicia del demonio, que la envidia. Persigue á los buenos, se opone á las ventajas del prójimo; no hay verdad tan santa, que no esté pronta á violar para destruir la reputacion ajena; impone al prójimo falsos delitos, le desea los verdaderos, no teme, ni el juicio de Dios, ni las amenazas de los hombres; borra del corazon hasta los sentimientos de humanidad.

Hay en la envidia un fondo de bajeza, que el mundo mismo no puede sufrir. Todo envidioso se mira como pequeño á sus propios ojos; por rico que sea, siente en sí una especie de pobreza, que no demuestra por defuera; por grande que sea, se degrada él mismo, él mismo se humilla, á pesar suyo, en su pensamiento. Aman olvida su grandeza á la vista de Mardoqueo: Esaú, rico, ve á Jacob sobre él por la preferencia de la bendicion paternal: Saul mira á David como á superior en virtud, y se abate.

Este pecado es casi siempre incorregible; en primer lugar, porque es un pecado espiritual, que se considera como una fragilidad sin consecuencia, y porque se cree, que es natural el desear lo que nos conviene; y así, se le mira sin horror, se comete sin escrúpulo, y no se piensa en corregirle; y, en segundo lugar, porque es una pasion

obstinada, y que casi no tiene quien la contenga. La dulzura y la sumision apaciguan la cólera; la edad y las enfermedades detienen el curso de la destemplanza; las desgracias y las tribulaciones doman el orgullo y la vanidad: la envidia no tiene obstáculo, nada la contiene.

II. La primera precaucion contra la envidia, es desprenderse de las preocupaciones del aprecio general que se tiene de los bienes y de la gloria del mundo. *Non efficiamur inanis gloriæ cupidi* (AD GAL. III).

La segunda precaucion es la caridad. El primer efecto de esta virtud, es la union y la comunicacion de los fieles; y el fruto de esta union es una participacion comun entre sí de las gracias que Dios les hace, y de las buenas obras que hacen ellos mismos. Por este medio hallamos en el prójimo las virtudes que no tenemos nosotros.

La tercera precaucion es contenerse en los limites de su condicion, y perfeccionarse en la medida de los talentos que la Providencia ha confiado á cada uno de nosotros, sin medirnos por comparaciones odiosas con los otros.

La última precaucion es una atencion sobre sí mismo, que hace que, en el silencio y en el retiro, se pare uno en las necesidades que tiene, sin entrar á examinar inútilmente los negocios del siglo, porque, en esta disipacion y en este comercio del mundo es donde la caridad se resfia, y donde se enciende la envidia.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

ENVIDIA.—El orgullo y la miseria fomentan y desarrollan la envidia.

La lucha del bien y del mal la sostienen.

La liberalidad de Dios y su justicia castigan este pecado.

ENVIDIA.—Es una justicia pretender, que los pecados sean tenidos por virtudes.

Es una crueldad apelar á la calumnia.

Lo más abominable es el estímulo en la iniquidad.

ENVIDIA.—Las obras más caritativas son, á veces, ocasion de envidia.

Las empresas más temerarias son, á veces, las consecuencias de la envidia.

La inquietud continua es el suplicio de la envidia.

ENVIDIA.—Para preservarnos de la envidia debemos recordar, que un bienhechor, que nada nos debe, nos hace la gracia de dispensarnos los favores que, en nuestro concepto, se nos deben.

Para preservarnos de la envidia debemos recordar, que siendo pecadores, nosotros no merecemos sino suplicios.

Para preservarnos de la envidia es necesario recordar, que la caridad nos hace partícipes de todas las ventajas del prójimo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Hæc causa somniorum atque sermonum invidiæ et odii fomentem ministravit Gen. xxxvii, 8.

Parvulum occidit invidia. Job v. 2.

Cum ceciderit inimicus tuus, ne gaudeas, et in ruina ejus non exultet cor tuum, ne forte videat Dominus, et auferat ab eo iram suam. Prov. xxiv, 17, 18.

Ne comedas cum homine invidio. Idem xxiii, 6.

Invidia diaboli mors introivit in orbem terrarum; imitantur autem illum, qui sunt ex parte illius. Sap. ii, 24, 25.

Neque cum invidia tabescente iter habebis; quoniam talis homo non erit particeps sapientiæ. Sap. vi, 25.

Nequam est oculus lividi, et avertens faciem suam, et despicens animam suam. Eccli. xiv, 8.

An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum? Matth. xx, 15.

Charitas non æmulatur. I Cor. xiii, 4.

La materia de estos sueños y coloquios fué fomento de la envidia y del odio.

Al apocado le quita la vida la envidia.

No te alegres de la caída de tu enemigo, ni se regocije tu corazón en su ruina; para que el Señor, que lo está viendo, no se ofenda, y aparte de él y traslade á ti su enojo.

No vayas á comer con el hombre envidioso.

Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo; é imitan al diablo los que son de su bando.

No me acompañaré por cierto con el que se repudre de envidia; pues el envidioso no será jamás participante de la sabiduría.

Maligno es el ojo del envidioso: él vuelve su cara al otro lado para no ver al pobre, y desprecia su misma alma.

¿Ha de ser tu ojo malo ó envidioso, porque yo soy bueno?

La caridad no tiene envidia.

Non efficiamur inanis gloriæ cupidi... invicem invidentes. Galat. v, 26.

No seamos ambiciosos de vana gloria... envidiándonos recíprocamente.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La envidia, según afirma San Basilio con otros Padres, es un vicio del demonio, que, en el cielo, ya no pudo sufrir el anuncio de la gloriosa unión hipostática de la divinidad con la humana naturaleza; y en la tierra, inventó todas las astucias para hacer, que el primer hombre cayera del estado feliz en que Dios le había criado; no pudiendo tolerar, que el hombre, cuya condicion es inferior á la suya, gozase de tan completa felicidad, siendo él destinado á los suplicios eternos.

Cain, poseído y dominado de esta inexorable pasión, dió la muerte á su propio hermano (GENES. IV).

Pero, en donde se descubren más los terribles recursos y el endurecimiento de la envidia, es en la historia de José. Sus hermanos le aborrecían, no por otro motivo sino porque le veían dotado de dignas virtudes, de las cuales ellos carecían: por esto no podían dirigirle ni una palabra con suavidad; por esto resolvieron quitarle la vida; pero, ya que no pudieron impedir que se cumplieran los decretos de la Providencia, le vendieron, con la intención de que jamás les molestara su presencia (GENES. CAP. xxxvii).

El envidioso, para conocer las consecuencias de su pasión, puede enterarse en el libro primero de los Reyes de la conducta del infortunado Saul. Las alabanzas que las mujeres tributaron al jóven David, por su completo triunfo contra Goliath y el ejército filisteo, excitaron la envidia en el corazón de aquel rey, el cual llegó á desoir los más rigurosos principios de justicia, y á despojarse de los sentimientos más íntimos de humanidad y de piedad, atentando diferentes veces contra la vida de un inocente, de un hijo político, de un vasallo fidelísimo y valiente hasta el heroísmo (I REG. CAP. xviii HASTA EL xxvii).

Véase también en el libro II de los Reyes, el modo vil y traidor con que Joab asesinó á Amasa, llevado de la envidia y de los celos con que miró á este personaje, como privado y encumbrado por David. Así lo decían las tropas al pasar junto al cadáver de Amasa: *Ecce qui esse voluit pro Joab comes David* (CAP. I).

La envidia experimenta también sus castigos, y, á veces, los mismos que había maquinado y preparado contra su prójimo: así lo vemos en el orgulloso Aman (ESTHER, CAP. vii); y en los sátrapas que conspiraron contra Daniel (DAN. vi).

La historia de aquellas dos mujeres, que en el tribunal de Salomon se disputaban el hijo, es una leccion muy útil para aprender lo que puede la envidia, y los sentimientos de inhumanidad que inspira á cualquier corazon que llega á verse dominado por ella (III REG. III).

Los santos Evangelios están llenos de ejemplos, en que se descubre la satánica envidia, que los escribas y fariseos abrigaron contra Jesús, cerrando los ojos á la luz de sus milagros, endureciendo su corazon á la eficacia de sus ejemplos y doctrinas, fraguando medios de perderle, y persiguiendo, aún despues de haberle muerto, á sus discipulos con el mayor furor.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Nihil magis christiano cavendum.... quam ne quis invidia aut livore capiatur; ne quis, dum zelo in fratris odia convertitur, gladio suo nescius ipse perimatur. S. Cyprian. de zel.

Invidia radix est malorum omnium, fons cladum, seminarium delictorum. Idem, ibid.

Invidia non solum multos, sed et optimos tangit. S. Greg. Nazian.

Invidus rogatus ut morbum suum manifestet, se accusare omnino veretur, morbum in imo corporis recessu rodentem atque absumentem retinens. S. Basil. Homil. 11.

Improbis suo delectatur bono, invidus torquetur alieno; ille diligit mala, hic bona odit; ut prope tolerabilior sit, qui sibi vult bene, quam qui male omnibus. S. Ambr. lib. 2 offic. c. 50.

Superbiæ comes est invidentia; nam fieri non potest, ut superbus non invideat. S. Aug. serm. 58.

Nada debe temer más el cristiano, que dejarse dominar por la envidia ó la emulacion; no sea, que nos perdamos á nosotros mismos, convirtiendo el celo en odio contra nuestro prójimo.

La envidia es origen de todos los males, manantial de homicidios y semillero de delitos.

La envidia no solo toca á muchos, sino á los mejores.

El envidioso, instado para que declare su pasion, se ruboriza de acusarse, y prefiere conservar en lo más íntimo de su corazon esta enfermedad, que le corroe y consume.

El impío goza en su propia felicidad, pero el envidioso sufre por la de su prójimo: aquél ama el mal, pero éste aborrece el bien; y casi es más tolerable el que desea su sola felicidad, que el que desea mal á todos.

La envidia es compañera inseparable de la soberbia, siendo imposible, que no sea envidioso el que es soberbio.

Magnus est vir, qui invidiam humilitate superat. Idem, in Joann.

De bonorum malis gaudent (invidi), de profectibus lugent, et inimicitias gratuitis ardent. S. Prosper. lib. 3 de Vita contempl. c. 9.

Parvulus est qui invidia occiditur, quia nisi ipse inferior existeret, de bono alterius non dolet. S. Greg. lib. 3 moral.

Invidia sibi primum nocet.... menti officit, cor quasi pestis depascit, animum urit. S. Isidor. Solit. 2.

Vis nosse oculum venenatum, oculum nequam, oculum fascinantem? invidiam cogitato. S. Bernard. serm. 14 in Psalm.

Invidus de aliorum profectu deficit, de pinguedine marcescit, de sanitate infirmatur, de vita moritur. S. Bonav. Diatal. cap. 4.

Grande es el hombre que doma la envidia por medio de la humildad.

(Los envidiosos) se alegran de las aflicciones de los justos, se entristecen de sus ventajas, y arden siempre en voluntarias enemistades.

Es un hombre bajo, el que es víctima de la envidia; pues si no fuera tan vil, no se entristecería del bien ajeno.

La envidia daña principalmente al que la abriga.... pues ofusca el entendimiento, emponzoña al corazon y consume al alma.

¿Quieres saber cuál es el ojo venenoso, malvado y fascinador? Pues no dudes que es el del envidioso.

El fervor de los demás hace desmayar al envidioso, su robustez le enflaquece, su salud le hace enfermar, y su vida, para él, es muerte.

EPIDEMIAS; véase: CALAMIDADES PÚBLICAS.